

De La Lapa

Con el hambre que arañaba el vientre, y desangrándose, Martín sintió que lentamente las fuerzas le iban faltando; que se le caían los párpados, que todo el cuerpo desmadejado y dolorido parecía insensible y como muerto.

Casi no se daba cuenta de nada. Sobre los ojos cerrados, como una hermosa visión, sentía posarse aún la alegría de la luz del sol, pero dentro, en los rincones del cerebro, como martillazos, seguía oyendo el rumor colérico de los golpes de mar abajo en las rompientes, estrellándose contra el peñascal.

¡Qué bien! Sentía un abandono, un reposo, algo así como si el sueño llegase, pero un sueño extraño, mezcla de vida y muerte, un aletargamiento en que de vez en cuando sentía la impresión de la realidad.

Como en sueños oyó rumores. No pudo precisarlos. Parecían voces humanas discordantes y también semejaban graznidos de aves que se acercaban, que pasasen volando.

Después el sueño se hizo más profundo. Tuvo la impresión de que rozaban su ropa, de que cosquilleaban en sus pies, de que algo blando pasaba por su cara. Era como la sensación de una caricia. Y aquella mano tenía blanduras de plumaje, como la mano de un niño. Como en un delirio calenturiento, confusas las ideas, inciertas las imágenes, vio al chico recién nacido, el suyo, que todavía no había visto, a su lado dejando caer su mano sobre el rostro del náufrago como velando el largo sueño de descanso. ¿Por qué no cantaba? ¡Ah, si le hubiera cantado sus viejas canciones de mar!

De pronto sintió un agudo dolor. Era en los ojos, como si un dedo brutal los hundiera, como si un torvo pico los arrancara de cuajo. Quiso abrirlos; distendió los doloridos párpados, y nada vio. No oyó más que el rumor como de graznidos de cuervos que antes le parecieron voces humanas.

Bajo la impresión del dolor, incorporose loco, con movimiento rápido de huida.

Después sintió la sensación de vacío, del espacio libre en que se despeñaba; luego el desmayo, la insensibilidad, la muerte, nada.